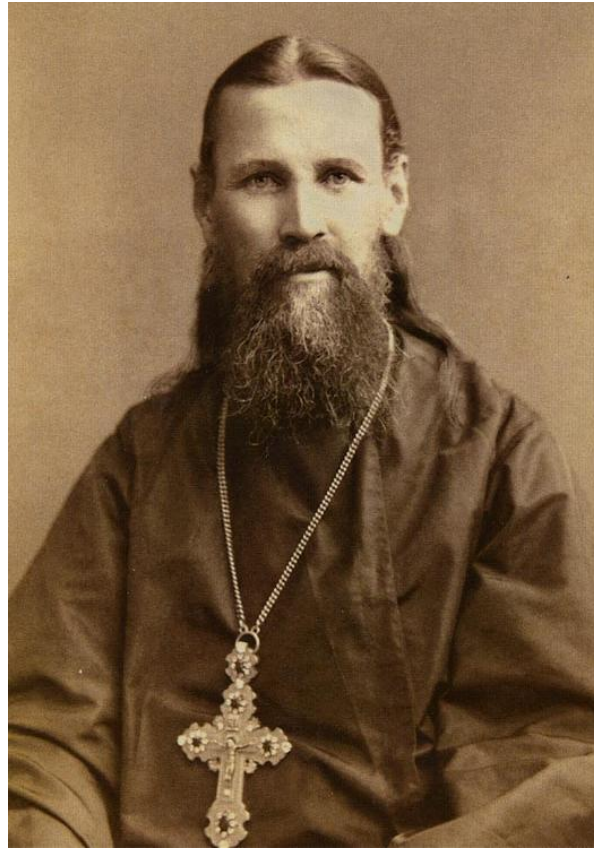


San Juan de Kronstadt



Contenido: [La vida de San Juan de Kronstadt](#). [Tropario y Kontakio](#). [Tesoros Espirituales de San Juan](#). Juan de Cronstadt, un Genio de la Oración. Sus instrucciones sobre: [la Divina Liturgia](#). [La Santa Iglesia](#). [La oración](#). [La unión con Dios](#). [Los Santos](#). [La confesión](#). [Las lágrimas](#). [La Santa Comunión](#). [La Santa Iglesia](#). [La señal de la Santa Cruz](#). [Amor y perdón](#). [Los niños](#). [La humildad](#). [La soberbia y paciencia](#). [El mundo](#). [La muerte y la eternidad](#).

La vida del Santo

No hemos querido dejar pasar inadvertidos estos verdaderos Tesoros de Vida sin que Ud, querido lector, los aprovechara, ya que el Señor dijo en su Evangelio: *"las palabras que yo he hablado son Espíritu y son Vida"* (Jn. 6:63), y *"No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"* (Mt. 4:4 ; Dt. 8:3 ; Lc. 4:4) y *"Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" "¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?"* (Mc 8:36-37). Por lo tanto justo es que aprovechemos estos Tesoros ocultos, que son Sabiduría Divina que Dios revela al mundo por medio de sus Santos. Medítelos profundamente y sacará de este Pozo de Dios, *"el Agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna"* (Jn. 4:14).

Padre Juan, Taumaturgo de Kronstadt, nació el 19 de octubre de 1829, en el pueblo de Sur, distrito de Pinezh en la provincia de Archangelsk (localizado al norte de Rusia), procedía de la familia de un pobre lector de iglesia rural, Elías Sergieff y su esposa Teodora. El hijo recién nacido pareció débil y enfermizo por lo cual, sus padres se apresuraron en bautizarlo inmediatamente. Se le puso el nombre de Juan en honor a San Juan de Ryla, puesto que nació el día en que se celebraba la festividad del santo. Corto tiempo después de su bautizo, el pequeño Juan comenzó a tener mejor aspecto. Los devotos padres, atribuyendo esto a la acción llena de gracia del sagrado misterio del Bautismo, comenzaron con un particular fervor a dirigir sus pensamiento y sentimiento hacia Dios, instruyéndolo en la fervorosa oración en el hogar y en la iglesia. Desde su infancia, su padre constantemente lo llevó a la iglesia, fomentando en él un especial amor por los Oficios Divinos.

Viviendo en circunstancias de extrema pobreza, el joven conoció la triste experiencia de la privación, aflicción, lágrimas y sufrimientos. Esto lo hizo serio, pensativo y reservado, además se desarrolló en él una gran simpatía y un compasivo amor por los pobres. No teniendo interés en los acostumbrados juegos de niños y llevando la constante memoria de Dios en su corazón, amó la naturaleza, lo que hizo despertar en él la ternura y admiración por la majestuosidad del Creador del universo.

A la edad de seis años, el niño Juan comenzó a aprender a leer y a escribir con la ayuda de su padre. Pero, al principio, las lecciones no fueron fáciles para él. Esto le molestaba, pero también lo llevaba a la oración especialmente ferviente hacia Dios para que lo ayudara. Cuando su padre hubo juntado su último centavo, lo envió a la escuela parroquial de Archangelsk.

En los momentos en que sentía mucha soledad y falta de ayuda allí, sólo encontraba consuelo en la oración. Oraba frecuente y ardientemente, implorando intensamente la ayuda de Dios. Después de una ferviente oración, en la noche, el niño se sentía profundamente estremecido *"como si una cortina cayera de sus ojos, como si su mente se abriera"*; *"se sentía tan alegre y dichoso en su alma."* El maestro y la lección que tuvo ese día, se aparecieron claramente e incluso recordó lo que se le había dicho. El amanecer estaba comenzando a rayar cuando saltó de su cama, corrió a sus libros y ¡asombraos! comenzó a leer mucho mejor, pudo entender todo y recordaba lo que había leído.

Desde entonces, Juan pudo estudiar perfectamente: fue uno de los primeros de su escuela cuando terminó y primero al finalizar el seminario en Archangelsk. Puesto que era un hijo cariñoso y considerado, Juan quiso dejar el seminario inmediatamente y asumir un puesto como diácono o lector para ayudar a su anciana madre que había quedado sin medios. Pero, ella no quiso que su hijo se privara de una educación teológica superior por amor a ella e insistió en que ingresara a la Academia.

Después de ingresar a la Academia, el joven estudiante no dejó a su madre en el desamparo; luego de salvar algunas dificultades, encontró un trabajo de oficina en la administración de la Academia y enviaba todas sus escasas ganancias a su madre.

Mientras estudiaba en la Academia, Juan decidió dedicarse al trabajo misionero en la región desierta de Siberia o Norteamérica, pero por la Providencia de Dios fue llamado a otro tipo de actividad pastoral. Un día, mientras caminaba solo por el jardín de la Academia, meditó sobre su futuro servicio a la Iglesia de Cristo. Después de retornar al hogar, se quedó dormido y se vio en el sueño como un sacerdote, sirviendo en la Catedral de San Andrés en Kronstadt donde nunca había estado antes. Pronto el sueño se cumplió enteramente. En 1855, cuando Juan Sergieff terminó sus estudios en la Academia, recibió un ofrecimiento de matrimonio con la hija (de nombre Elizabet) del arcipreste de la Catedral de San Andrés de Kronstadt, C. Nesvitsky; también se le ofreció el puesto de sacerdote en la Catedral. Aceptó los ofrecimientos al recordar su sueño.

El 12 de diciembre de 1855, fue ordenado sacerdote. Cuando fue por primera vez a San Andrés, se detuvo en el umbral, anonadado: era exactamente la misma iglesia que tiempo atrás se le había aparecido en sus primeras visiones. El resto de la vida del Padre Juan y su actividad pastoral se centró en Kronstadt, de modo que muchos olvidaron su apellido "Sergieff" y lo llamaron "de Kronstadt"; incluso él mismo a menudo firmaba su nombre de este modo.

El matrimonio del padre Juan, que es el estado usualmente exigido por la Iglesia Ortodoxa respecto de los sacerdotes que sirven en el mundo, fue simulado, pero necesario como pantalla para sus abnegadas labores pastorales. De hecho, él y su esposa vivieron como hermano y hermana. "Lisa, hay muchas familias felices, aun sin nosotros. "Adelante, tú y yo, dediquémonos al servicio de Dios" - así le habló a su esposa el primer día de su vida de casado y hasta el fin de sus días permanecieron puros y vírgenes.

Aunque el Padre Juan una vez dijo que no llevaba una vida ascética, obviamente, habló así sólo por su profunda mansedumbre. Cuidadosamente ocultó sus actividades espirituales de los demás y de hecho fue un muy gran ascético. Fundamental en todas sus labores espirituales fue su incesante oración y el ayuno. Su maravilloso diario "Mi vida en Cristo," testifica claramente su lucha ascética con los pensamientos pecaminosos, esta "lucha invisible" que los ancianos y grandes padres ascéticos aconsejan a los verdaderos cristianos. Naturalmente se exigió a sí mismo un ayuno estricto, tanto en cuerpo como en espíritu y se impuso como norma la celebración diaria de la Liturgia Divina.

En su primer trato con su rebaño, el Padre Juan vio que se enfrentaba con una no menos fructífera y abnegada labor pastoral que en las lejanas tierras paganas. El escepticismo, la

heterodoxia y el sectarismo, sin mencionar la completa indiferencia religiosa, florecían en Kronstadt, ya que era un lugar de deportación administrativa desde la capital para diversos tipos perversos de personas. Además, había muchos trabajadores no especializados allí empleados principalmente en el puerto. Se agrupaban en su mayor parte en miserables chozas y refugios, y se dedicaban a mendigar y a beber. Los lugareños sufrían mucho por estos individuos moralmente degradados, quienes fueron llamados "suburbanos." En la noche, no siempre era seguro caminar por las calles, puesto que se corría el riesgo de ser asaltado por ladrones.

Allí, apareció, nuestro Gran Pastor, lleno del espíritu de genuino amor cristiano, puso su atención en estas personas moralmente caídas, que eran despreciadas por todos. Entre éstos, comenzó la maravillosa labor de su abnegada actividad pastoral.

Comenzó a ir a sus miserables hogares todos los días, charlaba con ellos, los consolaba, cuidaba a los enfermos y los ayudaba materialmente, distribuyendo todo lo que tenía, retornando con frecuencia a su hogar sin ropa e incluso sin sus botas. Estos "vagabundos" de Kronstadt, la escoria de la sociedad," a quienes transformó en personas, restaurándoles la imagen humana que habían perdido, fueron los primeros en revelar la santidad del Padre Juan. Y esta "revelación" fue rápidamente percibida por todos los fieles rusos.

Un trabajador cuenta, con inusual ternura, la historia sobre un caso de regeneración espiritual lograda por el Padre Juan: "Tenía aproximadamente 22 o 23 años en ese tiempo. Ahora, soy un viejo. Pero, recuerdo perfectamente la primera vez que vi a *batiushka* (Batiuska: Sacerdote o Padre). Tenía una familia - dos pequeños hijos. Trabajaba y bebía. Mi familia pasaba hambre. Mi esposa salía a mendigar. Vivíamos en una miserable choza. Una vez llegué a casa muy bebido. Vi al joven sacerdote sentado allí, con mi pequeño hijo en sus brazos, contándole algo con mucho afecto. El niño escuchaba atentamente. Me pareció como si el sacerdote fuera Cristo en persona bendiciendo a los niños. Quise insultarlo - andando de aquí para allá. Pero los tiernos y penetrantes ojos de batiushka se fijaron en mí. Me sentí avergonzado, levanté mi mirada, él estaba mirando - directo a mi alma. Comenzó a hablar. No me atrevo a transmitir todo lo que dijo, pero afirmó que tenía el paraíso en mi hogar, porque donde hay niños, siempre hay calor y bienestar y que no debía cambiar ese paraíso por las emanaciones de la cerveza. No me culpó - no, perdonó todo, pero en realidad no había excusa para mí. Me alejé, me senté y me quedé en silencio. No lloré, pero tuve un profundo sentimiento dentro de mí al igual que el que se tiene antes de que le broten las lágrimas. Mi esposa me miraba. Y es así como desde entonces, me convertí en un hombre.

Tal inusual obra pastoral del joven sacerdote comenzó a generar una desfavorable crítica e incluso ataques en su contra desde todos lados. Por largo tiempo, mucha gente no percibió la sinceridad de sus sentimientos y se mofó de él y lo calumnió, oralmente y en publicaciones, llamándolo tonto. Una vez, las autoridades diocesanas prohibieron que se le diera un sueldo directamente a él, dado que tan pronto como llegaba a sus manos lo distribuía a todos los mendigos, hasta el último centavo. Le exigieron una explicación. Pero, el Padre Juan, animosamente soportó todas esas tribulaciones y mofas y no cambió su modo de vida en lo absoluto por complacer a los que lo atacaban. Y con la ayuda de Dios, venció a todos los que lo insultaban y se reían de él, lo calumniaron y lo persiguieron durante los primeros años de su

ministerio, pero más tarde se dieron cuenta que ante ellos estaba un verdadero seguidor de Cristo, lo glorificaron como un genuino pastor entregando su vida a su rebaño.

"Debemos amar a todos los hombres, tanto pecadores como indecorosos" dijo el Padre Juan, "No podemos confundir al hombre, quien está en la imagen de Dios, con el demonio que está en él." Con esta actitud, se aproximó a las personas, conquistándolas y renovándolas con la fuerza de su compasivo amor verdaderamente pastoral.

Pronto, se reveló en el Padre Juan el maravilloso don de obrar milagros por los cuales fue famoso a través de toda Rusia e incluso en el extranjero. Es absolutamente imposible enumerar todos los milagros realizados por el Padre Juan. Nuestra intelectualidad incrédula y su persuasión apaciguaron deliberadamente estas innumerables manifestaciones del poder de Dios. Pero, aun así, muchos de los milagros se conocieron por escritos y otros se recordaron posteriormente. Se conserva el registro exacto de la historia del primer milagro del Padre Juan, relatado por un compañero sacerdote. Esta historia demuestra su profunda mansedumbre. "Cierta persona en Kronstadt se sintió enferma," comienza la narración del Padre Juan. "Se me pidió ayudar con mis oraciones. En esa época, ya me había formado el hábito de no rechazar ninguna solicitud a nadie. Comencé a orar y a encomendar al paciente en las manos de Dios, suplicando al Señor que cumpliera Su santa voluntad con la persona enferma. Pero, inesperadamente una anciana vino a mí, a quien yo había conocido por largo tiempo. Era una mujer temerosa de Dios con una profunda fe que condujo su vida de una manera cristiana y terminó su vida terrenal con temor al Señor. Ella vino a mí e insistentemente me buscó para orar por la recuperación de la persona enferma. Y el Señor le concedió su misericordia a él - recobró su salud. Agradecí al Señor por su gracia." En otra ocasión, se repitió una cura a través de mis oraciones.

"Inmediatamente reconocí la voluntad de Dios en estas dos instancias - una nueva obediencia impuesta a mí por Dios - orar por los que lo solicitaban."

Así, por las oraciones de San Juan, de hecho, una multitud de maravillosos milagros se llevaron a cabo e incluso ahora, largo tiempo después de su bendecido descanso, continúan realizándose. Los enfermos más graves eran curados por las oraciones y quedaban en manos del Padre Juan, cuando la medicina había sido inútil. Las recuperaciones sucedieron privadamente y entre grandes concurrencias de personas, con mucha frecuencia cuando la persona enferma estaba ausente. Algunas veces bastaba con sólo escribir una carta al Padre Juan o enviar un telegrama para recibir una cura milagrosa. Especialmente extraordinaria, por ejemplo, fue un milagro que se produjo frente al pueblo de Kontchansky (en la región Suvorovsky) y fue descrito por un comité de maestros de la academia militar que se encontraban allí en ese momento (1901).

Una mujer que estaba poseída por muchos años fue traída ante el Padre Juan en estado insensible. En algunos momentos, fue completamente curada por él y restablecida a la condición normal de una persona absolutamente saludable. Mediante las oraciones del Padre Juan, el ciego recobró la vista. El artista Zhivotovsky describió un aguacero milagroso de lluvia (que ocurrió como resultado de las oraciones del Padre Juan) en un lugar asolado por la sequía y amenazado por incendios forestales.

El padre Juan curó con el poder de sus oraciones no solamente a personas ortodoxas rusas, sino también a mahometanos, judíos y otros extranjeros que se dirigieron a él. Este gran don de obrar milagros fue naturalmente un regalo por el gran ascetismo espiritual del Padre Juan - sus labores en oración, ayunos y abnegados actos de amor por Dios y su prójimo.

Pronto, todos los fieles de Rusia se dirigieron hacia el gran y maravilloso Taumaturgo. El segundo período de su vida gloriosa y obras había comenzado. Al principio, él mismo iba a visitar a las personas dentro de los límites de su ciudad solamente, pero ahora la gente de toda Rusia, de todos los confines, lo asediaban. Cada día, miles de personas llegaban a Kronstadt en un esfuerzo por ver al Padre Juan y recibir la ayuda de un tipo u otro de su persona. Recibía un gran número de cartas y telegramas. El correo de Kronstadt tuvo que abrir una sección especial para su correspondencia. Junto con las cartas y telegramas, grandes sumas de dinero para la caridad del Padre Juan. Su cantidad solamente puede ser estimada, puesto que tan pronto como recibía el dinero, lo regalaba. No menos de un millón de rublos (una enorme suma de dinero en esos días), con un cálculo mínimo, pasó por sus manos en un año. Con ese dinero, el Padre Juan diariamente alimentó a miles de mendigos y construyó en Kronstadt una única institución - "La Casa de Laboriosidad," con una escuela, iglesia, talleres y un orfanato. Fundó en su propio pueblo un convento y erigió una gran iglesia de piedra. En San Petersburgo había construido en la parte de Karpovka de la ciudad, un convento, donde fue sepultado después de su muerte.

Para la aflicción general de los habitantes de Kronstadt, durante el segundo período de su vida, una época de fama a través de toda Rusia, el Padre Juan tuvo que interrumpir la enseñanza de la Ley de Dios (Catecismo) en el Instituto Ciudad y la escuela secundaria de Kronstadt donde había enseñado por más de veinticinco años. Fue un maestro maravilloso. Nunca recurrió a esos métodos de enseñanza que a menudo se practicaban en las instituciones educacionales, es decir, una excesiva estrictez o moral que empequeñecía al incapaz. Con el Padre Juan, las notas no servían como medio de aliciente o amenaza de castigo. El éxito era fomentado por su cariño, su actitud sincera para con su enseñanza, como también para con sus alumnos. Por lo tanto, no tenía "incompetentes." En sus clases, todos, sin excepción, se concentran ávidamente en cada palabra. Esperaban sus lecciones. Sus clases eran más un placer, un descanso, para sus alumnos, que una difícil tarea o labor. Consistían en una animosa conversación o una fascinante conferencia o una interesante historia que captaba la atención de todos. Y estas conversaciones del padre-pastor con sus hijos sobre la vida produjo una profunda impresión en sus alumnos. En sus disertaciones que impartía a los maestros antes del comienzo del año académico, explicaba como objetivo de enseñanza, la necesidad de dar a la patria, sobre todo, un ser humano y cristiano, considerando el tema del conocimiento como secundario. Surgieron ocasiones en que el Padre Juan, habiendo defendido a algún alumno flojo sentenciado a la expulsión, se encargaba de su corrección. Después de algunos años, el niño que había parecido más allá de toda esperanza se convertía en un útil miembro de la sociedad.

El Padre Juan le otorgaba una especial importancia a la lectura de la Vida de los Santos y siempre llevaba a clases vidas individuales que distribuía a los alumnos para que las leyeran en su hogar. El carácter de dicho método de enseñanza de la Ley de Dios del Padre Juan se enfatizó claramente en la dirección que fue entregada ante él con ocasión del 25 aniversario como maestro en el Gimnasio de Kronstadt: "No fueron fórmulas áridas - textos y citas - las que expusieron ante ellos, no sólo fueron lecciones aprendidas de memoria las que ustedes exigieron

de ellos; en almas receptivas y brillantes, ustedes sembraron la semilla de la Palabra de Dios eterna y dadora de vida."

Pero, el Padre Juan tuvo que abandonar esta gloriosa labor de fructífera enseñanza en favor de su aún más fructífera y más grande labor de vigilar las almas de toda la tierra rusa.

Uno sólo necesita imaginarse cómo pasaba un día en la vida del Padre Juan para entender y compadecerse de la extrema dificultad y grandeza de su sin igual labor espiritual. Todos los días se levantaba a las 3 de la mañana para prepararse a ofrecer la Divina Liturgia. Aproximadamente a las 4, partía a los maitines en la catedral. Allí, se encontraba con multitudes de peregrinos que esperaban recibir, al menos, una bendición de él. Había también muchos mendigos a quienes el Padre Juan distribuía limosnas. Durante los maitines, el mismo Padre Juan leía el Canon (himnos a los santos), atribuyendo gran importancia a su lectura. La confesión tenía lugar antes del comienzo de la Liturgia. Por necesidad, el Padre Juan realizaba una confesión general, debido al inmenso número de personas que deseaban confesarse. Esta confesión general producía un tremendo impacto en todos los participantes y testigos oculares: muchos se confesaban en voz alta, gritando, sin vergüenza ni timidez, sus pecados. La Catedral de San Andrés, que tenía una capacidad para hasta 5.000 personas, siempre estaba llena y por esa razón la Comunión tomaba mucho tiempo y la Liturgia no terminaba antes del mediodía. Ante el testimonio de los testigos y los con celebrantes con el Padre Juan, su celebración de la Divina Liturgia iba más allá de toda descripción. La tierna mirada conmovedora y pesarosa en su rostro, el resplandor de un alma llena de gracia; suspiros piadosos, lágrimas se derramaban interiormente; movimientos espontáneos; la llama de la gracia sacerdotal que llenaba sus poderosas exclamaciones; la oración ardiente - estas son algunas de las características del Padre Juan durante los Oficios Divinos. Un oficio del Padre Juan representaba un continuo, ferviente y devoto impulso hacia Dios. Durante el oficio, realmente era un mediador entre Dios y el hombre, un protector contra nuestros pecados, un vínculo humano que unía la iglesia militante, para el cual intercedía, con la iglesia triunfante, entre los miembros de los cuales su alma vagaba durante esos momentos. La lectura del padre Juan en *kliros* (coro) no era sólo una recitación de memoria, sino una conversación entusiasta y llena de vida con Dios y los Santos; leía en voz alta, con claridad, con sinceridad y su voz penetraba en las almas de los que oraban. En la Divina Liturgia, todas las exclamaciones y oraciones eran pronunciadas por él como si sus ojos iluminados vieran al Señor cara a cara ante él y estuviera conversando con El. Lágrimas de compunción brotaban de sus ojos, pero él no se percataba de ellas. Era obvio que el padre Juan, durante la Divina Liturgia, experimentaba la historia entera de nuestra salvación y sentía profunda y fuertemente el amor del Señor hacia nosotros y su sufrimiento. Tal oficio tenía un extraordinario efecto en todos los presentes. No todos venían a él con una firme fe; algunos tenían dudas, otros desconfiaban e incluso otros venían por curiosidad. Pero una vez en su presencia, todos nacían de nuevo y se sentían como si el hielo y el escepticismo se derritieran gradualmente y se entregaban al calor de la fe. Siempre había muchos comulgantes después de una confesión general por lo que algunas veces se colocaban varios cálices grandes en el altar sagrado, desde los cuales numerosos sacerdotes daban la Comunión a los fieles simultáneamente. Y tal comunión a menudo duraba más de dos horas.

Durante el oficio, las cartas y telegramas eran llevados ante el Padre Juan y colocados en el altar y él las leía allí, orando por los que le habían pedido recordarlas.

Después del oficio, acompañado por miles de fieles, el Padre Juan dejaba la catedral y se iba a San Petersburgo a innumerables visitas médicas. Rara vez regresaba a casa antes de la medianoche. Presumiblemente, en muchas noches no tuvo tiempo para dormir.

Era posible vivir y trabajar de tal modo solamente a través de la presencia de la ayuda sobrenatural de la gracia de Dios.

Pero, la mayor gloria del Padre Juan fue su inmenso ascetismo espiritual, un trabajo difícil. Uno debe darse cuenta de que prácticamente aparecía por todas partes, instantáneamente surgía a su alrededor una multitud de personas que ansiaban tocar, si podían, al Taumaturgo. Sus admiradores se lanzaban tras su carruaje, agarrándolo por las ruedas a pesar del peligro de lesionarse.

A solicitud de los fieles, el Padre Juan tuvo que emprender viajes a diferentes ciudades de Rusia. Estos viajes eran reales triunfos para el manso siervo de Cristo. Las masas de personas que totalizaban decenas de miles se reunían y todas estaban llenas de sentimientos de sincera fe y reverencia, con el temor a Dios y un anhelo de recibir bendiciones curativas. Durante los viajes en bote del Padre Juan, multitudes de personas corrían por las orillas del río y muchos se arrodillaban en las cercanías del bote. En la propiedad de "Rizhovka" cerca de Kharkov donde se alojaba el Padre Juan, el césped, las flores y jardines fueron destruidos por la multitud que llegaba de muy lejos y que pasaba los días y noches acampando en su cercanía. La catedral en Kharkov durante el oficio del Padre Juan el 15 de julio de 1890, no pudo contener a los que habían venido. No sólo la catedral, sino también la plaza a su alrededor no pudo acomodar a las personas, las que llenaban todas las calles adyacentes. En la catedral, el coro fue forzado a entrar en el Santuario. Las barandillas de hierro en todas partes quedaron resquebrajadas por la presión. El 20 de Julio, el Padre Juan ofreció un moleben (Te Deum) en la plaza de la catedral - había más de 60.000 presentes. El mismo tipo de escena se produjo en los pueblos a lo largo del Volga - Samara, Saratov, Kazan, Nizhni Novgorod.

El Padre Juan se encontró en el palacio imperial de Livadia durante los últimos días del Emperador Alejandro III y de hecho, la muerte del Emperador ocurrió mientras estaba allí. El monarca enfermo se acercó al Padre Juan con las palabras: "No me atreví a invitarlo yo mismo. Le agradezco que haya venido. Le pido que rece por mí. Me siento bastante mal." Eso fue el 12 de octubre de 1894. Después que el Emperador y el Padre Juan se arrodillaron y oraron juntos en privado, se produjo un significativo mejoramiento en la salud del paciente y hubo una esperanza de su completa recuperación. Esto continuó durante cinco días; el 17 de octubre comenzó a empeorar. En las últimas horas de su vida, el Emperador dijo al Padre Juan: "Eres un hombre santo. Eres un hombre justo. Es por eso que el pueblo ruso te ama." "Sí ," replicó el Padre Juan, "Tu pueblo me ama."

Después de recibir la Santa Comunión y ser ungido, el moribundo Emperador le pidió al Padre Juan poner sus manos en su cabeza, diciéndole: "Cuando colocas tus manos sobre mi cabeza, siento un gran alivio, pero cuando las alejas, sufro mucho - no las alejes." El Padre Juan continuó con sus manos sobre la cabeza del moribundo Zar hasta que entregó su alma a Dios.

Habiendo alcanzado el más alto nivel de devota contemplación y desapasionamiento, el Padre Juan tranquilamente aceptó los suntuosos atavíos que sus admiradores le presentaron y los usó.

Tuvo que hacer esto como una pantalla para sus labores. Regaló todas las donaciones que recibió, hasta el último centavo. Por ejemplo, un día, en presencia de una enorme masa de personas, recibió un paquete de manos de un mercader; sin abrirlo el Padre Juan, inmediatamente se lo dio a un hombre pobre que tenía su mano extendida. El mercader se molestó y dijo: "¡Batiushka! contiene mil rublos." "Su buena fortuna" replicó calmadamente el Padre Juan. Sin embargo, algunas veces, rechazaba aceptar donaciones de ciertas personas. Hay un caso bien conocido en que no tomó 30000 rublos de una dama adinerada. Este ejemplo muestra la clarividencia del Padre Juan, puesto que ella había recibido el dinero de una manera deshonesto, lo que más tarde confesó.

El Padre Juan era un notable predicador improvisado - hablaba de una manera bastante simple y con frecuencia, sin ninguna preparación especial. No buscaba palabras finas ni expresiones originales, pero sus sermones se distinguían por un pensamiento profundo y un inusual poder, junto con una especial erudición teológica, sin embargo, tenían una simplicidad entendible incluso para el ignorante. En cada una de sus palabras, se podía sentir una fuerza especial, que reflejaba el poder de su propia alma.

A pesar de toda su inusual actividad, el Padre Juan encontraba el tiempo para conservar un diario espiritual y todos los días escribía los pensamientos que le venían a la mente mientras oraba y contemplaba, como consecuencia de la iluminación llena de gracia del alma de la que él se consideraba digno de recibir del iluminado Espíritu de Dios." Estos pensamientos están expresados en un notable libro, publicado bajo el título "Mi Vida en Cristo."

Este libro representa una auténtica mina espiritual y puede situarse al mismo nivel que las obras inspiradas de los antiguos Padres de la Iglesia y ascetas de la piedad cristiana. En la completa colección de las obras del Padre Juan impresas en 1893, "Mi Vida en Cristo" comprende el tercer volumen de mil páginas. Es un diario completamente original, en el que encontramos reflexiones de la vida espiritual del autor que son especialmente instructivas para todo lector. Este libro seguirá siendo todo el tiempo una sobresaliente ilustración de cómo vivió el gran hombre justo y cómo deben vivir los que desean no sólo ser llamados cristianos, sino ser realmente cristianos.

También hay tres volúmenes de sus sermones, que contienen aproximadamente 1800 páginas - un maravilloso recordatorio de la personalidad santa del Padre Juan y una inagotable fuente constructiva. Posteriormente, otras obras separadas del Padre Juan fueron acumuladas e impresas en volúmenes separados en gran cantidad. Todas las palabras y preceptos del Padre Juan son el genuino vestigio del Espíritu Santo que nos revela la profundidad no explorada de la sabiduría de Dios. En ellos se refleja una maravillosa originalidad - la exposición, el pensamiento, el sentimiento. Cada palabra viene desde el corazón - lleno de fe y pasión. Los pensamientos tienen una asombrosa profundidad y sabiduría; hay una sorprendente simplicidad y claridad en ellos.

No hay palabras superfluas o "frases finas." Es imposible leerlas solamente una vez - uno debe releerlas continuamente y siempre encontrará en ellas algo nuevo, vivas y santificantes. Inmediatamente después de ser impreso, "Mi Vida en Cristo" atrajo tanta atención general que

fue traducido a varios idiomas extranjeros e incluso entre los sacerdotes anglicanos se transformó en obra de referencia favorita.

El pensamiento que sustentan todas las obras escritas del Padre Juan es la necesidad de la **verdadera y ardiente fe en Dios y la necesidad de vivir según esa fe, en lucha incesante con las pasiones y placeres y la devoción a la Fe y a la Iglesia ortodoxa como el único medio de salvación.**

En su actitud hacia su tierra natal, Rusia, el Padre Juan fue la Imagen del riguroso profeta de Dios que predicó la verdad, descubrió la falsedad, convocó al arrepentimiento y profetizó la cercanía del castigo de Dios por los pecados y la apostasía.

Siendo él mismo la imagen de la mansedumbre, sumisión y amor por todos los hombres sin consideración de su nacionalidad o religión. El Padre Juan observó con gran indignación a todos los ateos, materialistas y libre pensadores de tendencias liberales, que socavaron la fe del pueblo ruso y destruyeron el sistema político milenario de Rusia.

"Aprende, Rusia, a creer en Dios, el Todopoderoso, que gobierna el destino del mundo y aprende de la fe, la sabiduría y coraje de tus santos antepasados. El Señor confió a nosotros los rusos, el gran talento salvador - la fe ortodoxa. ¡Levántate, hombre ruso! ¿Quién te enseñó la insubordinación y la rebelión sin sentido, lo que no existía anteriormente en Rusia? ¡Que cese esta locura! ¡Basta! Basta de beber la amarga copa de veneno - por ti y por Rusia." Y profetizó firmemente: "El trono ruso tambalea y tiembla, y se aproxima al colapso." "Si las cosas se conducen así en Rusia y los anarquistas insanos y ateístas no están sujetos al justo castigo de la ley, y si Rusia no está libre de muchas malezas, entonces caerá como los antiguos reinos y ciudades, arrasadas por el justo castigo de Dios de la faz de la tierra por su ateísmo y anarquía." "Patria desventurada, ¿cuándo prosperarás?. Sólo cuando con todo tu corazón te aferres a Dios, a la Iglesia, al amor por el Zar y la Patria y a la pureza de la Moral."

Los posteriores eventos de la sangrienta Revolución rusa y el triunfo del bolchevismo mostró cuánta verdad había en las calamitosas advertencias y los presentimientos proféticos del gran hombre recto de Rusia.

En los últimos años de la vida del Padre Juan, una agonizante enfermedad física se agregó a la dura labor de servir a la humanidad - una enfermedad que soportó sumiso y pacientemente, sin quejarse nunca ante nadie. Resueltamente, rechazó las órdenes de los doctores que lo trataron - de mantener su fuerza con alimento, sin ayuno. Estas son sus palabras: "Agradezco a mi Señor por concederme el sufrimiento para la purificación de mi alma pecadora. La Sagrada Eucaristía vivifica." Y recibió la Comunión todos los días, como en otro tiempo.

El 10 de diciembre de 1908, habiendo reunido todas las fuerzas restantes que tenía, el padre Juan celebró la Liturgia Divina por última vez en la catedral de San Andrés en Kronstadt. El 20 de diciembre de 1908 a las 7:40 a.m. el Gran Hombre justo partió de este mundo para estar en presencia del Señor, habiendo pronosticado antes el día de su muerte.

Diez mil personas tomaron parte y estuvieron presentes en el funeral del Padre Juan y ningún milagro ocurrió en su sepulcro entonces ni después. ¡Qué extraordinario fue su funeral! Toda el área desde Kronstadt hasta Oranienbaum y desde la Estación báltica en San Petersburgo hasta el Monasterio Ioannovsky en Karpovka se llenó con una enorme multitud de miembros de la comitiva fúnebre. Nunca antes había habido un número tal de personas en un funeral - fue un evento sin paralelo en Rusia. La procesión del funeral fue escoltada por una guardia de honor mientras las bandas militares tocaban el cántico "Qué Glorioso es Nuestro Dios" a lo largo del camino a través de la ciudad las tropas estaban en posición firme. El oficio del funeral fue celebrado por Antonio, metropolitano de San Petersburgo, encabezando una asamblea de obispos y un innumerable clero. Aquellos que besaron la mano del difunto testifican que no se había vuelto fría ni tiesa. Los oficios conmemorativos fueron acompañados de lamentaciones generales de los presentes, quienes sintieron que habían quedado huérfanos. Se escucharon exclamaciones: "Nuestro sol se ha puesto, ¿Al cuidado de quién nos has dejado, Querido Padre?. Pero no hubo nada pesoso en el oficio del entierro: éste hizo recordar más bien a los radiantes maitines pascuales y a medida que prosiguió el oficio, creció el modo festivo de los que oraban. Uno podía sentir que un poder lleno de gracia emanada del féretro y llenaba los corazones de los presentes con un tipo de gozo del otro mundo. Estaba claro para todos que un santo, un hombre de rectitud, yacía en la tumba y que su espíritu estaba invisiblemente presente en la iglesia, envolviendo con amor y ternura a todos los que se habían reunido para presentarle sus últimos respetos.

El Padre Juan fue enterrado en el sepulcro, especialmente construido para él en el sótano del monasterio que él fundó en Karpovka. La capilla completa estaba hermosamente revestida con mármol blanco; el iconostasio y la tumba también eran de mármol blanco. En la tumba (situada a la derecha de la iglesia) yacía el Santo Evangelio y una mitra tallada, bajo lo cual yacía encendida una luz eterna lampadka (costumbre en la iglesia ortodoxa, aceite) de color rosado. Una multitud de lámparas preciosas y labradas artísticamente alumbraban constantemente sobre la tumba. Un mar de luz proveniente de las velas, encendidas por los devotos, fluía a través de la resplandeciente y maravillosa iglesia.

Así es como fue.

El 3 de junio de 1964, la gran tarea de la glorificación de nuestro maravilloso hombre de rectitud, por la gracia de Dios, se llevó a cabo por una resolución del Sínodo de Obispos de la Iglesia Ortodoxa Rusa fuera de Rusia. Los días de la solemne conmemoración de su sagrada memoria se fijaron para el 19 de octubre (1° de noviembre) y 20 de diciembre (2 de enero), según el calendario ortodoxo, cuando se celebra el oficio especialmente compuesto.

Desde entonces se consagran decenas de Iglesias, comunidades, hogares de ancianos y colegios dedicados al Nombre de San Juan. Uno de estos es nuestro Hogar San Juan de Kronstadt en Chile.

Este libro tiene la finalidad de dar a conocer la vida y las plegarias de Nuestro querido, Justo, Padre Juan de Kronstadt, el Patrono de nuestra Escuela-Hogar, que lleva su nombre, ubicado en el Arrayán, y que fue fundado en el año 1967.

O, si este gozoso evento puede resucitar en los corazones de todo el pueblo ruso ortodoxo y en todo el mundo el más importante testamento del siempre memorable Padre Juan e inspirarlos a seguirlo resueltamente: "Tenemos necesidad de una purificación moral general, un profundo arrepentimiento nacional, un cambio de la moralidad pagana a la cristiana; purifiquémonos, lavémonos con lágrimas de arrepentimiento, hagamos las paces con Dios y El se reconciliará con nosotros."

Por las oraciones de nuestro santo y justo Padre Juan, puede llegar a suceder esto. ¡Oh Dios, maravillosos en Tus santos, maravilloso eres Tu en Tus enseñanzas. Gloria a Ti!

Tropario (Tono 4): En Cristo estás viviendo eternamente, Oh Taumaturgo, apiádate de los que están en tribulaciones, oye a Tus hijos que claman con fe, sé compasivo con los que esperamos Tu ayuda, Juan de Kronstadt, amadísimo pastor nuestro.

Kontaquio (Tono 4): Escogido de Dios desde Tu infancia, y en Tu niñez misteriosamente recibiste el don del aprendizaje, y estás llamado al sacerdocio gloriosamente en Tus sueños. Llegaste a ser pastor maravilloso para la Iglesia. Padre Juan, homónimo de gracia, ruega a Cristo Dios, haznos dignos de estar junto contigo en Su Reino.

Tesoros Espirituales de San Juan de Kronstadt

Para el Padre Juan el Misterio Litúrgico era una experiencia profunda, viva; y ansiaba la participación activa de los fieles. Pidió a sus feligreses que cada vez que él celebrase la Misa, recibiesen ellos la Santa Eucaristía, fomentando así la Comunión frecuente, ya que en ella se recibe al Autor de la Vida.

Hemos traducido algunos de sus escritos que presentamos a continuación.

La Divina Liturgia

La divina liturgia, es verdaderamente un Oficio Divino en la tierra, en que Dios mismo, de un modo especial e inmediato está presente, y mora con los hombres, siendo El Mismo el Celebrante Invisible, ofreciendo y siendo ofrecido. No hay nada sobre la tierra, más santo, más excelso, más grandioso, más sublime, más solemne, que nos dé más Vida, que la Divina Liturgia.

El Templo, en este momento, es un Cielo terrestre. Los Celebrantes representan a Cristo mismo, a los Angeles, los Querubines, los Serafines y los Apóstoles.

La Liturgia es la solemne y continua repetición del amor de Dios hacia la humanidad y de la mediación omnipotente de Cristo para la salvación del mundo entero, y de cada miembro separadamente. Es el enlace del Cordero, el matrimonio del Hijo del Rey, en el cual la novia del Hijo de Dios, es toda alma fiel; y el que entrega la novia, es el Espíritu Santo.

La Liturgia es la Santa Cena, la Mesa del amor de Dios a la humanidad. Alrededor del Cordero de Dios, sobre la Patena Santa (*diskarion*), están reunidos los vivos y los muertos, los santos y los pecadores, la Iglesia triunfante y la Iglesia militante.

La Santa Iglesia

Todo lo que escuchamos en la Santa Iglesia, durante los Oficios Divinos es la Verdad; es el soplo y la enseñanza del Espíritu Santo. Cada pensamiento y cada palabra de la Santa Iglesia, deben ser escuchados con devoción y respeto. Acordándonos que el dominio de la palabra y el pensamiento pertenecen a Dios, como también todo el mundo visible e invisible.

Cada palabra de la Sagrada Escritura, de la Divina Liturgia, de los Oficios de la mañana y de la noche, de las oraciones Sacramentales y otras, tienen en sí el poder que les corresponde, semejante al poder de la Santa Cruz. Esta gracia está presente en cada palabra de la Iglesia, por la Encarnación Personal del Verbo de Dios, que es la Cabeza de la Iglesia y que habita en Ella. ¡Con qué atención y reverencia, con qué fe debemos pronunciar cada palabra! Porque la Palabra es el Creador Mismo, Dios, y por medio de la Palabra todas las cosas fueron hechas de la nada al ser.

"Yo soy la Vid," dice el Señor, *"vosotros sois las cepas"* (Jn. 15:5), es decir, la Santa Iglesia. Por lo tanto como el Señor es Santo, también lo es la Iglesia. Como el Señor es *"El camino, la Verdad y la Vida"* (Jn. 14:6), también lo es la Iglesia, porque Ella es una con Dios. Cuerpo de Su Cuerpo y Hueso de sus Huesos ("o sus cepas"). Arraigado en El, la Vid Viviente, alimentada y creciendo en El.

La Oración

La oración es la elevación de la mente y el corazón en Dios; es la contemplación de Dios, la conversación de la criatura con el Creador, estando el alma con reverencia ante El, el Rey, y la Vida misma, ante Aquél que da la vida a todos. La oración es el olvido de todo lo que nos rodea, es la Luz del alma, es su respiración, su purificación del pecado, su alimento y su bebida espiritual; es el yugo suave de Cristo, su carga ligera. La oración es el constante recuerdo de nuestra pobreza espiritual, la santificación del alma, el anticipo de la bienaventuranza futura, es el éxtasis angelical, la lluvia celestial, refrescando y fertilizando la tierra del alma. Es el poder y la fortaleza del alma y del cuerpo; es el refrigerio de la mente, la iluminación del rostro, el gozo

del espíritu, el eslabón de oro, que une a la criatura a su Creador; es el valor y el coraje en todas las aflicciones, en las tentaciones de la vida; es la lámpara de la Vida, el éxito en todas las empresas, una dignidad semejante a los ángeles; es la fortaleza de la fe, la esperanza y la caridad. La oración es el intercambio con los ángeles y los santos que complacieron a Dios desde la creación del mundo. La oración es la enmienda de la vida, la madre de la contrición verdadera, y de las lágrimas; es un arrepentimiento, un motivo poderoso para impulsar las obras de caridad, es la seguridad de vida, es la destrucción del temor a la muerte; es el desprecio de los tesoros de la tierra, el deseo de los Dones Celestiales; es la espera del Juez Universal, la resurrección y la Vida del siglo venidero. Es la busca incesante por la misericordia (el perdón) de Dios, es un gran empeño para salvarse de los tormentos eternos, es caminar en la presencia de Dios, es la desaparición del ser ante el Creador que todo lo llena, es el agua viva del alma, por medio de la cual ésta sacia su sed. La oración es tener a todos en su corazón por medio del amor; es el descenso del cielo en el alma, es la habitación de la Santísima Trinidad en el alma, según dijo el Señor: *"Vendremos a él y haremos en él Nuestra morada"* (Jn. 14:23).

Al acercarse a Dios en la oración, hay que tratar de ser semejante a El, manso, humilde y recto de corazón; que no haya duplicidad, engaño, ni frialdad en nuestro corazón. Hay que esforzarse en tener su Espíritu, porque *"Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él"* (Rom. 8:9). El Señor busca en nosotros algo semejante a El, donde pueda injertar su gracia.

"Del corazón salen los malos pensamientos que manchan al hombre, por lo tanto debemos purificar nuestro interior, nuestras intenciones, y adorar a Dios en espíritu y en verdad" dice San Nilus.

Terrible es el pronunciamiento hecho por los Santos referentes a la oración mal hecha: *"Y ya también está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego"* (Mt. 3:10 y 6:19).

Recordemos que ninguna palabra se pierde en la oración, si se dice de corazón. Dios escucha cada palabra y la pesa en la balanza. Algunas veces nos parece que las palabras son tiradas al viento, en vano, no es así. Debemos recordar que Dios nos comprende cuando oramos, porque el hombre es la imagen de Dios. El Señor responde a cada deseo del corazón, expresado o no en palabras.

La insensibilidad del corazón durante la oración procede de la incredulidad, del pecado, y éstas a su vez emanan de un pensamiento secreto de orgullo. De acuerdo a sus sentimientos durante la oración, la persona puede conocer si es orgullosa o humilde; más sentimientos tiene, más ardiente su oración, más humilde es; mientras más seca y fría su oración, más orgullosa es.

La oración respira esperanza y la oración sin esperanza es pecado. Nunca hay que desesperar de la misericordia de Dios, cualquiera que sean nuestros pecados; por la tentación del demonio, orad de todo corazón en la esperanza de ser perdonados, llamad a la puerta de la misericordia de Dios y se os abrirá.

Durante la oración hay que creer firmemente y recordar que cada pensamiento y palabra pueden indudablemente llegar a ser obras. *"Porque nada hay imposible para Dios"* (Lc. 1:37). *"El que se*

junta con el Señor, un espíritu es" (1 Cor. 6:17). Esto quiere decir que aún vuestras palabras no serán sin poder. Poned cuidado a vuestras palabras, la palabra es preciosa. "Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del Juicio" (Mt. 12:36).

El Padre Juan de Cronstadt viendo que los fieles en la Iglesia no prestaban mucha atención, oró por ellos a Dios diciendo: "Muchos de los que están en Tu presencia, están con sus almas ociosas, como vasos vacíos, y no saben orar como se debe." Llena sus corazones con el conocimiento de Tu bondad, y con contrición verdadera, hazlos vasos colmados, concédeles el Espíritu Santo."

La Unión con Dios

La esencia de nuestra vida es la unión con Dios. El pecado lo impide completamente. Por lo tanto hay que huir del pecado como de un enemigo terrible, ya que es el destructor del alma; porque vivir sin Dios es muerte, y no vida. Acordémonos que el Señor nos llama a unirnos a El.

Se le preguntó al Gran Santo Serafín de Sarov, cuál era la meta del Cristiano en esta vida, a lo cual respondió: la adquisición del Espíritu Santo. La gente en esta vida, tiene por meta obtener dinero, hacerse un capital; más el Espíritu Santo es también capital, pero un capital eterno de la Gracia. Dios, el Verbo, compara nuestra vida a un mercado, y amonesta a todos diciendo. *"Aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos"* (Ef. 5:16). Es decir, aprovechad el tiempo obteniendo los Dones Celestiales por medio de los materiales: las virtudes hechas por amor a Dios, la oración, el ayuno, el sacrificio, asistiendo a la Santa Liturgia, la caridad, la limosna; pues Dios paga no el 3% ó el 5% sino el 100% por cada moneda que se dé, y por cada obra buena. Todas las virtudes nos dan el Espíritu Santo, pero especialmente la oración, ya que está siempre a nuestro alcance."

Si tenemos caridad Cristiana para con nuestro prójimo, todo el cielo nos amará, si estamos unidos con nuestros hermanos, tendremos más unión con Dios y con todos los moradores del cielo, si somos misericordiosos con el prójimo, Dios y todos los ángeles y santos serán misericordiosos con nosotros. Si oramos por los otros, todo el cielo intercederá por nosotros. El Señor es Santo, seámoslo nosotros también. Nada está más cerca de nosotros que Dios. El es el Dios de los corazones. Si tomamos la firme resolución de siempre obedecer la voz de la conciencia -porque ésta es la Voz de Dios en nosotros - dicha resolución desarrollará en nosotros el órgano perdido de la comunión con Dios.

Dios está en el mundo como el alma está en el cuerpo, aunque El es infinitamente más elevado que el mundo; nuestro cuerpo es pequeño y está totalmente penetrado por nuestra pequeña alma. El mundo es grande, pero Dios es infinitamente grande, y llena toda la Creación. "Tú que estás en todas partes y todo lo llenas" (Oración Rey Celestial).

El Señor está tan cerca de nosotros, especialmente, de aquél que lleva una vida santa; su corazón y su cuerpo son templos del Espíritu Santo.

"¿No sabéis que vuestros miembros son Templos del Espíritu Santo que habita en vosotros?" (San Pablo). Según el plan original de Dios, el cuerpo es sagrado, y también el alma que mora en él. La caída del hombre le trajo el castigo, a causa del pecado. Debemos purificar ambos, el alma y el cuerpo. "Soy la imagen de Tu gloria inefable, mas llevo las úlceras del pecado" (*Panihida*). Debemos sanar estas úlceras, recordando nuestra antigua belleza hecha a la imagen y semejanza de Dios, dicha imagen que resucitará de entre los muertos y participará de la gloria de Dios.

¡Salve, el Señor es contigo! La Santa Iglesia así invoca a la Santísima Virgen Madre de Dios. Mas el Señor también está con toda alma piadosa, que cree en El. ¡El Señor es contigo! Estas palabras pueden decirse a toda alma que guarda los mandamientos. El Señor está cerca de nosotros, sólo los hombres están lejos de Dios; por sus pensamientos, intenciones y las inclinaciones de sus corazones, como también por sus palabras y obras, que son contrarias a la Ley de Dios.

El único camino para llegar a "revestirse de Cristo" es la mortificación. *"Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame"* (Mt. 16:24; Mc. 8:34). La mortificación no es la renuncia a nuestra personalidad, al contrario, es ser libre de la esclavitud del pecado.

La carne mortificada se reconcilia con el espíritu y con Dios. Mientras que la persona que se cuida, se alimenta con abundancia y delicadeza; hace guerra contra el espíritu y contra Dios, haciéndose una abominación de pecado. Se aleja de la oración, y se rebela contra Dios; por lo tanto *"los que son de Cristo, han crucificado su carne con los vicios y las concupiscencias"* (Gal. 5:24).

Los Santos

Muchos no comprenden la necesidad de imitar la vida de los santos. ¿Qué es un santo? Es un hombre como nosotros, pero que habiendo seguido el camino recto ha encontrado lo que todos buscamos: a Dios. Entonces, por qué no estudiar su vida, ver qué podemos aprender de él. ¿Por qué no imitarle?

Hay un mundo espiritual; hay una comunión de las almas. Algunos no comprenden cómo los santos en el cielo nos escuchan cuando oramos a ellos: ¿cómo los rayos del sol se inclinan del cielo hacia nosotros, iluminando toda la tierra? Los Santos son como los rayos del sol, en el mundo material, y Dios es el Sol Eterno; del lado que se incline Dios, también se inclinarán los Santos, ya que ellos están unidos a El.

La Confesión

Al obispo Inocencio de Cherson, se le preguntó si los que se acercaban a la Santa Comunión sin suficiente arrepentimiento y fe, les eran perdonados sus pecados, contestó: Sin ellos (fe y contrición) el alma no recibirá absolución de Dios, no importa cuántas veces el sacerdote repita: "perdonados, absueltos." La absolución y remisión de los pecados se concede por Dios según la medida de nuestro arrepentimiento y nuestra fe.

Las Lágrimas

Las lágrimas de devoción o contrición son tan eficaces porque todo nuestro ser es invadido por el sentimiento que despiertan. Las lágrimas y el sufrimiento que braman la costra helada de la carne, y la criatura angelical del espíritu, nace. El don de lágrimas es uno de los mayores dones, porque éstas nos lavan y nos purifican.

La Santa Comunión

Algunos piensan que para comulgar es necesario leer largas oraciones, descuidando la preparación de sus almas, y la enmienda de sus vidas. Ante todo, debemos cuidar que nuestro corazón esté debidamente preparado para recibir al Señor. Se pueden rezar oraciones cortas, pero fervorosas. Acuérdesse que unas palabras del publicano dichas del fondo de su corazón, lo justificaron: "*Señor, ten misericordia de mí, pecador.*" Dios mira la disposición del alma y busca un arrepentimiento verdadero.

Aquél que participe del Santo Cáliz con alguna pasión en sí, es semejante a Judas, y besa al Hijo de Dios con dolo.

Aquél que cree en el Salvador y se alimenta de Su Cuerpo y Sangre Divinos, tiene la Vida Eterna en sí. Por lo tanto, cada pecado es un sufrimiento para el alma y le turba el corazón. Mas el que no se acerca a Dios, comete el pecado, frecuentemente no siente remordimiento porque la Vida Eterna, no está en él. Al recibir los Santos Misterios con fe, se sentirá una paz profunda en el espíritu y el corazón estará alegre. El Señor nos colma de beneficios según la medida de nuestra fe. El Cuerpo y Sangre del Señor son vivificantes, como un carbón encendido y ardiente, según el grado de la preparación del alma.

La Iglesia es el Cielo, el Altar, el Trono de Vida, del cual Dios desciende en los Santos y Purísimos misterios, para alimentar y dar Vida a los fieles. ¡Grandes y maravillosas son Tus obras, Señor Dios Omnipotente!

"Y he aquí Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt. 28:20). Tú estás con nosotros a través de los tiempos; y no estamos ni un solo día sin Ti ¡y no podemos vivir sin Tu presencia! ¡Tú estás especialmente en los Sacramentos de Tu Cuerpo y Sangre! En cada Liturgia tomas un Cuerpo semejante al nuestro, salvo el del pecado, y nos alimentas con Tu carne Vivificada. Por medio de este Sacramento estás plenamente con nosotros, y Tu Carne se une a nuestra carne, mientras que Tu Espíritu se une a nuestra alma; y sentimos esta unión dulcísima, vivificadora, de paz profunda, así unidos a Ti nos hacemos un espíritu contigo; nos hacemos como Tú, buenos, mansos, y humildes, así como dijiste: "Aprended de Mi que soy manso y humilde de corazón" (Mt. 11:29).

Como en Cristo Jesús habita la plenitud de la Divinidad," así también esta plenitud habita en el Sacramento Vivificador de Su Cuerpo y Sangre, purísimos. En el pequeño cuerpo humano, cabe toda la plenitud del infinito, la incomprendible Deidad; y en el pequeño "Cordero" o "Pan Eucarístico" en la más pequeña partícula habita dicha plenitud Divina. ¡Gloria a Tu Omnipotencia y bondad, Oh Señor!"

La Santa Iglesia, Nuestra Guía

Doy gracias a mi santa y sabia Madre, la Iglesia de Dios, por guiarme durante esta vida temporal preparándome para la ciudadanía del cielo. Doy gracias por todos los Servicios Divinos, los Sacramentos y los Ritos. Por las cuasmas tan beneficiosas para mí, ambos espiritual y corporalmente, porque por medio de ellas soy calmo, alerta y liviano. Gracias a mi purísima Madre la Iglesia, por extasiarme con sus Servicios Celestiales mostrándome el camino a la Vida eterna, librándome de la violencia y de la ignominia de las pasiones, y haciendo mi vida bienaventurada.

La Señal de la Santa Cruz

El sacerdote al bendecir a los fieles con la señal de la Santa Cruz durante la Liturgia, representa la gracia, o la bendición de Dios; al hombre en Cristo, y por causa de Cristo. ¡Benditos todos los que reciben esta bendición con fe! Cuán atentos deben ser los sacerdotes concediendo esta bendición sobre los fieles. "Y ellos invocarán Mi Nombre sobre los hijos de Israel, y Yo los bendeciré."

Amor y Perdón

Más puro es el corazón, más se ensancha y más lugar tiene para amar a otros. Mientras más pecador es, más pequeño se hace y ama menos. Porque se limita a amarse a sí mismo, y ese amor es falso. Amamos objetos indignos del alma inmortal, como el oro, la plata, el adulterio, etc.

Nuestra vida es amor. Y donde hay amor, hay Dios, y donde hay Dios, allí está todo el bien. *"Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su Justicia, y todas estas cosas os serán añadidas"* (Mt. 6:33).

La persona que no ordena su vida según la lógica, mas procede por la ley suprema - la Ley del Amor - está siempre en la razón. Porque todas las otras leyes son nada frente al amor, que no sólo dirige los corazones sino que "mueve al sol y las estrellas" (Dante). Aquél que guarda esta Ley en sí, vivirá.

Los Niños

El contacto con los niños nos enseña la sinceridad, la sencillez, la costumbre de vivir en la hora presente, y la acción presente, que es el elemento esencial en la Religión.

Los niños parecen renacer diariamente, están libres de las ligaduras del pecado. ¿Por qué son las impresiones de la niñez tan importantes? ¿Por qué es tan necesario llenar la mente y el alma del niño con el conocimiento de la verdad y un buen ejemplo, comenzando desde las más tiernas etapas de su vida? En los niños se encuentra una capacidad inagotable de fe, sencillez, mansedumbre, compasión, imaginación, adaptabilidad. Esto es precisamente la tierra que rinde una cosecha mil veces más de la semilla plantada. Cuando más tarde en la vida, el alma se hace dura como la roca; pueden purificarse, salvándose, recordando la experiencia de su infancia. Esto explica por qué es tan importante que los niños se acerquen siempre a la Iglesia, Ella les dará alimento para toda su vida.

La humildad

Todas las virtudes son nada sin la humildad. Mirad el fariseo, la suma de todas las virtudes, menos la humildad. Es semejante "al barco que se hunde al llegar al puerto." Se hunde en su destino final. Las características de esta virtud: no creer en sus propias cualidades, ni acordarse de ellas; no juzgar, gozar en las humillaciones. El alma humilde tiene la bienaventuranza desde el primer paso que da.

La Soberbia y Paciencia

Dios resiste a los soberbios, mas a los humildes da su gracia. El soberbio es abominable a los ojos de Dios y se hace enemigo suyo. El que cayere en este pecado se destruye a sí mismo.

"La paciencia de soportar las humillaciones y contrariedades de parte de nuestros semejantes, es un sacrificio espiritual de mayor valor que cualquiera ofrenda material, en la misma proporción que el alma es de más valor que el cuerpo," dice San Doroteo.

El Mundo

No debemos pensar que la humanidad está dividida en dos campos opuestos, dos clases de hombres, justos y pecadores. Los primeros predestinados a la beatitud, los segundos a la perdición. Todos somos pecadores, todos miembros manchados, ya que nuestro Señor sufrió por todos; todos somos amados igualmente por El. A El pertenece el último juicio. Por lo tanto las palabras del Señor acerca del amor, son inmediatamente seguidas por las palabras: *"No juzguéis, para que no seáis juzgados"* (Mt. 7:1).

El hombre que niega su relación con Dios, que rechaza ser su hijo, no es un hombre completo, sino el plan inconcluso del hombre. Se nos ha concedido ser hijos de Dios, no sólo como un **don**, sino también se nos ha confiado como un **deber**.

El pecado es una fuerza destructora. Ante todo destruye a aquél que está bajo su peso: ya que el pecado oscurece, desfigura el rostro del hombre, aún en el sentido físico.

No sólo el pecado es temible, también la desesperación y la melancolía alimentadas por el pecado. San Isaac, el Siríaco, dice. "No temáis, aunque a diario cayeres, no abandonéis la oración; estad firmes, y el ángel que os guarda, alabará vuestra paciencia." Acordémonos de las palabras de Cristo a la adúltera: *"Id y no pequéis más."* Y eso es todo, ninguna maldición ni excomunión. No debemos someternos al mal espíritu que busca hacernos caer en mayor pecado, la melancolía. Debemos de nuevo caer a los pies del Señor y El de nuevo nos recibirá.

Nuestra falta de compasión, nuestra dureza hacia los demás, es un muro impenetrable entre Dios y nosotros. Es como cubrir una planta con una capucha negra, y después quejarnos que la planta se murió por falta de sol.

Nuestro error continuo, es que no nos concentramos en el día presente, la hora actual en que vivimos. Vivimos en el pasado o en el futuro, y no observamos que la vida fluye como el agua a través de nuestras manos.

Ligándonos a las cosas que perecen, pensando en ellas, nos olvidamos de las de mayor importancia; nos hacemos *"pozos quebrados y rotos que no pueden contener agua"*; no somos espirituales, santos, celestiales; no tenemos pensamientos puros que irradian Vida en nosotros, en nuestra sangre, pero continuamos viviendo con aspiraciones terrenales, que sólo oprimen, atormentan y aniquilan. Si pensáramos según nos enseñan el Santo Evangelio y la Santa Iglesia en sus Oficios Divinos y en sus oraciones, y según los escritos de los Santos Padres, aún en la tierra nos haríamos ciudadanos del cielo. Todo el mundo moderno dice: tienes que pecar. Los

que quieren vivir según la Ley radiante de Dios, serán siempre perseguidos, y no deben esperar una vida fácil y agradable.

Un influjo de fuerza extraordinaria, una energía casi infinita se puede observar en personas enfadadas. Cuando un hombre se entrega a modales irritables, ha abierto su alma a las fuerzas endemoniadas.

Si nos enojamos con el prójimo, acordémonos que ambos debemos morir, entonces qué insignificante aparecerá su falta y cuán injusta nuestra ira. El mal no es una mala costumbre, es actualmente una inspiración del demonio. Esto es especialmente cierto en el sentimiento de ira.

A los incrédulos que piden "pruebas." No se puede demostrar una verdad científica matemática a un borracho. Aquí se puede decir lo mismo. Primero desintoxíquese del mundo, de sus vanidades, de su ruido, sus preocupaciones, después entraremos en materia y usted comprenderá que *"la Sabiduría no entrará en un alma astuta."* Esta es la clase de gente que encontraremos a menudo: presentan una combinación de:

1). Orgullo, fe en su propia fuerza, se gozan en sus obras. 2). Un amor apasionado por la vida terrena. 3). Son libres del sentido de pecado. ¿Cómo pueden ser transformadas? Así como están, son completamente aisladas de Dios. No sienten la necesidad de acercarse a El. Y ésta es la personalidad que se cultiva en la vida moderna, en la educación, la literatura. etc. La idea de Dios está borrada del alma. ¡Para que dicha persona pueda comenzar de nuevo, qué catástrofes se necesitan!

Hay cadáveres que caminan en medio de nosotros. ¡Sus almas han muerto antes de la muerte de su cuerpo! Y no tienen esperanza de resurrección. Ya que es aquí donde nos preparamos para la Vida del siglo venidero. Y hay almas que ya han resucitado antes de la muerte del cuerpo - almas que por medio de las obras y el amor, han llegado a la más alta vida del espíritu.

El acercamiento a la Luz es terrible y torturante para los que están en pecado. Se observa a quienes constantemente evitan la Santa Comunión; van a la Iglesia, pero después se quedan afuera en el atrio.

Muchos vanidosos dicen: "Yo tengo mucha fe." Los Apóstoles le pidieron al Señor: *"Aumenta nuestra fe."* El Evangelio relata con precisión las señales con las cuales se conocerán los que tienen fe: *"En Mi Nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieran cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán"* (Mc. 16:17-18). ¿Somos nosotros de éstos?

El hombre carnal no comprende la bendición espiritual que procede de la oración y de la virtud; no puede comprender ni en grado mínimo cuál será la bienaventuranza en el mundo venidero. No sabe nada mayor que la alegría de la carne, y considera las bendiciones futuras como visiones imaginarias. Mas el hombre espiritual conoce por experiencia la beatitud en su corazón.

Los hombres del mundo se entretienen con bagatelas y no mencionan a Dios. No se preocupan de lo precioso que es el tiempo; del gozo eterno, ni de los tormentos eternos. Gastan su tiempo en

conversaciones inútiles, juegos, comentarios, etc. ¡Oh mundo adúltero y pecador! ¡Ay de ti el día del juicio, y del Juez Imparcial y Universal! Porque "vino a los suyos y los suyos no lo recibieron." ¡Sí, el Señor y Creador de todos, no es recibido por nosotros! No es recibido en nuestros hogares. ¿Por qué? Por una falsa vergüenza sembrada por el demonio en el corazón. ¡Qué criaturas miserables somos! ¡Tenemos vergüenza de lo que es nuestra gloria!

Los hombres a través de toda su vida terrena, ven todo menos a Dios, que les da Vida; por lo tanto no tienen vida espiritual. Se entregan a todas las pasiones, a la incredulidad, a la codicia, la envidia, al odio, a la ambición, al placer de comer y beber. Solamente al fin de su vida buscan a Cristo, por necesidad. ¡Oh Señor Dios nuestro, qué bajo hemos descendido en nuestra vanidad, y qué ciegos nos hemos hecho! ¡A los que Te buscan, eres alimento que fortalece, bebida inagotable, vestidura radiante, eres Sol, *"la paz de Dios, que sobrepaja todo entendimiento"* (Fil. 4:7), gozo inefable; ¡ya que poseyéndote a Ti, todas las cosas terrenas, son polvo y vanidad!

La riqueza material nos esclaviza, empujándonos a buscar nuestros intereses, corrompiendo el corazón, colmándonos de ansiedad y temor, como demonio insaciable nos pide sacrificios. En vez de servirnos, nos hace esclavos suyos. Lo mismo se puede decir de la fuerza, la juventud, la belleza y el talento, nos confirman en el orgullo, apartándonos de Dios.

¿Pero qué haremos si Dios nos ha dado este u otro don? Es posible que no nos salvemos hasta deshacernos de ellos? Podemos guardar, pero no para nosotros, las riquezas y aún salvarnos. Pero debemos ser interiormente libres, apartando de ellas nuestros corazones, teniéndolas como si no las tuviéramos, poseyéndolas pero no ser poseídos por ellas, colocarlas a los pies de Cristo y servirle con ellas. Si alguno hace obras de caridad teniendo muchos bienes pero se deleita mucho más en sus riquezas y no mortifica su carne, no es caridad. *"¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis"* (Lc. 6:25).

La persona que obra mal, que satisface cualquier pasión, es suficientemente castigada por el mal que comete, por las pasiones que sirve, pero especialmente por el hecho de que se aleja de Dios, y Dios se aleja de ella. Sería insensato enojarse contra dicha persona; sería como sumergir a un hombre que se hunde, o empujar a las llamas una persona que se está quemando. A tales personas debemos mostrar doble amor, y orar a Dios con fervor, sin juzgarlos ni regocijarnos por su mala suerte.

Cuando tu hermano pecara contra ti, o hablara mal de ti, no te enfades, más busca las buenas cualidades que indudablemente existen en cada persona y piensa con amor en ellas odiando sus calumnias, como indignas de prestarles atención, como una ilusión del demonio. Los buscadores de oro, no se fijan en la cantidad de arena que hay en el oro, sólo miran el oro mismo y aunque haya poco, valorizan esta pequeña cantidad y lavan montones de arena inútil. Dios también actúa así, limpiándonos y soportándonos con gran paciencia. Si alguno puede asemejarse al Publicano en su humildad y arrepentimiento, alégrese, porque ésta es la oveja descarriada, la moneda perdida, por la cual vino Cristo, y su salvación causa más gozo en el cielo que la de cien justos.

La Muerte y la Eternidad

Desde el principio del mundo, los hombres han muerto; y de un principio se sabe muy bien que todas las cosas terrenas son inestables, pasajeras, corruptibles y aún con una codicia ciega, los hombres siguen arriesgando todo lo que poseen, todas las fuerzas de sus almas, en este juego de naipes que tendrán que perder.

¡Una terrible verdad! El pecador que no se arrepienta, después de su muerte pierde toda posibilidad de cambiar, y por ende será entregado a los tormentos eternos. (Porque el pecado no puede sino atormentar). ¿Cómo puede comprobarse esto? El pecado hace al hombre su prisionero, y le cierra toda salida. ¿Quién no sabe cuán difícil es para un pecador dejar su vida pecaminosa que le es tan grata, ir en pos de la virtud, sin una gracia especial de Dios? ¡Cuán profundas son las raíces del pecado en su corazón y en todo su ser! ¡Cómo le da el pecador su modo de ver las cosas! Las ve tan diferentes de lo que en realidad son y se le presenta todo en una luz tan atrayente; por lo tanto, no piensa en su conversión y no se considera gran pecador; estando cegados sus ojos por su amor propio y por el orgullo. Y si se considera pecador, se entrega a la desesperación más grande que oscurece su mente y endurece su corazón. Si no fuera por la gracia de Dios, ¿quién se hubiera vuelto a El?, pues el tiempo y la acción de la gracia es solamente aquí en la tierra. Después de la muerte, sólo quedan las oraciones de la Iglesia; y éstas sólo son eficaces para aquellos pecadores arrepentidos. Es decir, sólo para los que han tenido en vida su alma abierta hacia Dios para recibir su misericordia o la capacidad de beneficiarse con las oraciones de la Iglesia. Y si han llevado consigo la luz de las buenas obras al salir de este mundo. El pecador impenitente es sin duda hijo de perdición. El hombre en pecado no puede tornarse a Dios de todo corazón porque el pecado lo ha endurecido haciéndole inaccesible a la misericordia de Dios. Se quema en el fuego, pero permanece allí, porque el pecado ha ligado sus potencias, y es como una persona encadenada, sin poder tornarse hacia Dios.

Para borrar nuestros pecados tenemos los siguientes medios:

- 1). La Penitencia.
- 2). La oración.
- 3). Los Sacramentos.
- 4). Las obras de misericordia (la caridad cubre una multitud de pecados).
- 5). La Santa Unción.

El pecado es la muerte de la vida sobrenatural en el alma.

El remedio de las enfermedades del alma es la **penitencia**.

La diferencia entre un hombre en pecado y uno en estado de gracia, es la misma que hay entre un hombre vivo y un cadáver.

Cuando los tiempos se hayan cumplido y el fin esté a la puerta, y Dios enviará sus mensajeros para la cosecha, ¿qué encontrarán en el campo de nuestros corazones? El tiempo casi ha llegado, y el fin está cercano para cada uno, aún antes de la cosecha universal. En esta vida, sabemos que una cosa es segura, que debemos morir. Todo el resto cambia, es inestable, corruptible, y si amamos el mundo, sus gozos y su belleza, debemos hacer lugar en nuestra vida para este momento final, nuestra muerte.

¿Qué es lo más terrible al hombre? ¿La muerte? Sí, ¡la muerte! Nadie puede imaginarse sin terror, cómo tendrá que morir y exhalar su último suspiro. Por lo tanto nuestro mayor deber es prepararnos para este trascendental acontecimiento: nuestra muerte, ya que es ineludible. El Señor nos amonesta diciendo: "*Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor*" (Mt. 24:42). Lamentaremos tanto tiempo malgastado, pero en vano; estaremos ya en los atrios de la Eternidad y nuestro destino estará sellado para siempre, porque se nos ha concedido solamente una vida, un alma y una eternidad.

La muerte de nuestros amigos y familiares nos confirma la fe en el Infinito. Nuestro amor por los difuntos es la afirmación de la existencia del otro mundo. En la compañía de los moribundos, llegamos a la frontera que divide dos mundos - el mundo de la ilusión y el verdadero mundo - la muerte nos prueba la realidad de lo que pensábamos era ilusión, y la nada, de lo que pensamos era verdadero.

Todas las cosas presentes sólo son una sombra del futuro. La luz presente es una sombra de la Luz inefable del futuro. El gozo terrenal es un pálido reflejo del indescriptible gozo eterno. El fuego, una pálida sombra de las llamas de la Gehena, en que se sumirán los pecadores por los siglos. Los magníficos palacios reales, son un pálido reflejo de las Mansiones resplandecientes del Paraíso, preparadas para los que aman a Dios y cumplen sus Mandamientos. Las ricas vestiduras de los hijos de los hombres, no se pueden comparar con la gloriosa vestimenta que se vestirán los elegidos; porque se revestirán de Cristo, según la palabra del Señor: "*Entonces los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre*" (Mt. 13:43).